



UNIVERSIDAD VERACRUZANA
*Dirección General de Desarrollo Académico
e Innovación Educativa*



El aprendizaje socioemocional del académico universitario

Enseñanza, aprendizaje y escolaridad

Reflexiones acerca de la película Monsieur Lazhar

Por: Dr. García Cuevas Pablo

Enseñanza, aprendizaje y escolaridad

Reflexiones acerca de la película
Monsieur Lazhar

Introducción

Monsieur Lazhar (2011) trastorna algunas de las creencias que definen a los profesores y a la enseñanza en el cine. La película no trata sobre los estudiantes pobres de los barrios marginales de la ciudad o de familia acomodada, pero que son abandonados por ésta. El personaje principal, Bashir Lazhar, es un héroe bastante atípico que lucha contra sus propios problemas; y esa lucha es lo que lo atrae al aula. Bashir no es un superhombre en contra de los males de la sociedad, ni desafía a una burocracia sofocante o una apatía generalizada. Él no es un mártir de su profesión; de hecho, encuentra consuelo y crecimiento personal a través de sus relaciones con estudiantes y colegas.

No es *maestro*, más bien es un hombre que enseña; y su propia humanidad es lo que lo convierte en un mentor eficaz. La autenticidad en su relación con su alumna Alice, tanto intelectual como emocionalmente, es el centro de la película. La danza de una relación auténtica es tanto la promesa como el peligro de conexiones significativas; y, para los maestros del mundo actual, esa danza trae recompensas que son raras y peligrosas. La verdadera e ineludible realidad de la relación es que se trata a los estudiantes como personas, otorgándoles los privilegios de su presente juventud, como igualdad, con miras al futuro. Analicemos esta película y su mensaje subversivo.

Sinopsis

Monsieur Lazhar (2011) cuenta la conmovedora historia de una clase de secundaria de Montreal, a raíz del suicidio de una instructora popular, Martine, que se ahorca en su propio salón de clases. Bashir Lazhar es un inmigrante argelino, sin credenciales formales de enseñanza ni experiencia en la profesión. Ofrece sus servicios a la directora de la escuela, *Madame Vaillancourt*, alegando que había enseñado en Argel (pero en realidad, mientras su esposa era maestra, él tenía un restaurante). Bashir perdió a su esposa e hijo en un incendio provocado por oponentes políticos y está buscando el estatus de refugiado en Canadá. Es un extraño, en un aula canadiense de clase media, que enfrenta los misterios y las limitaciones de una cultura extranjera dentro y fuera de la escuela.

Bashir enseña de una manera bastante tradicional: Toma un enfoque básicamente convencional, con escritorios en líneas rectas y la recitación como su principal técnica pedagógica (algunos colegas se ríen de su falta de progresismo). Al mismo tiempo, busca ayudar a sus estudiantes con su curación personal y colectiva a través de la atención emocional. Empieza a abrirse a sus alumnos y ellos a él. Su alumna favorita, Alice L'Ecuyer, escribe un ensayo sobre la muerte de Martine. Su comentario, brutal y honesto, muestra la cruda angustia que ella y sus compañeros sienten. Más allá de las restricciones convencionales y la amnesia fingida o la abstracción de una estructura escolar burocrática, y políticamente correcta, Bashir se gana el respeto y la confianza de sus estudiantes al lidiar con su angustia en las relaciones. La tensión personal se hace más evidente cuando Simón, amigo de Alice y compañero de estudios que vio el cadáver de Martine colgando, admite que él reportó a Martine con el director porque ella lo abrazó cuando él estaba molesto y vulnerable. Es por eso que Simón se culpa a sí mismo por el suicidio de Martine. Mientras tanto, Bashir continúa abrazando a sus estudiantes a pesar de las reglas de la escuela que dictan lo contrario.

Después de un tiempo, los padres de familia se enteran de que Bashir no tiene licencia para enseñar. A pesar de su obvio cariño por sus estudiantes (particularmente por Alice, quien tiene que hacer malabarismos con una madre que es piloto de aerolínea, muy dedicada, pero a menudo ausente), algunos padres quieren que lo despidan, mientras que otros están agradecidos por su apoyo. Con cierto grado de tristeza, *Madame Vaillancourt*, que había ocultado su falta de credenciales, y quien también perderá su puesto al terminar el ciclo, lo despide, pero le permite un último día con su clase.

Ese último día con sus alumnos, Bashir comparte una historia, basada en la metáfora de una crisálida de mariposa; una que evoca transformación y (re) nacimiento. La historia de la crisálida envuelta en un capullo se aplica a la vida de Bashir, posterior a la trágica pérdida de su familia en Argel y a la necesidad de sus estudiantes de un refugio seguro después de la impactante pérdida de su maestra por suicidio. Cuando sale del aula, Alice lo abraza. Después de este período de inactividad, Bashir y sus estudiantes se han liberado unos a otros. Todavía son frágiles, pero más fuertes, como mariposas que emergen del estado de crisálida, revoloteando y avanzando.

Docentes y docencia en cine

¿Alguna vez conocemos realmente a los profesores que el cine retrata? Los papeles cinematográficos de pro-

fesores son, a menudo, rígidos, con pocas opciones de desviación. En realidad, muchos de ellos interpretan a profesores que se definen por sus propias aulas y, ocasionalmente, sus propias fantasías románticas. Si los profesores están más influenciados por su propia experiencia como estudiantes, los cineastas y los guionistas también lo están por sus experiencias reales y virtuales. De hecho, los profesores critican las representaciones de la pantalla como carentes de la realidad diaria de su profesión. Esto es probablemente cierto, para la mayoría son retratos de profesionales, una concesión para el público, cuya tolerancia para lo mundano, para la vida diaria, es limitada. Más específicamente, diríamos que muchas de las películas que retratan a los profesores alteran o exageran su papel. El hombre (o mujer) se convierte en “maestro” de una manera que confina y restringe tanto la individualidad como sus relaciones.

El maestro desafiando el status quo

Es común que los profesores de cine desafíen el *status quo* con sus alumnos. A menudo, en contra de los pronósticos adversos, éstos encuentran formas de estimular las ambiciones de los estudiantes y su aprendizaje. En mayor o menor grado, los docentes y estudiantes triunfan ante las duras circunstancias (pobreza, discriminación, apatía y burocracia inflexible).

A menudo, los profesores de cine están en segundas carreras y, en ese sentido, Bashir Lazhar, un funcionario y gerente de restaurante, no es una excepción. A veces, los profesores blancos *actúan* como agentes de cambio para los estudiantes provenientes de minorías. Si bien, la mayoría de los profesores estadounidenses son mujeres, Bashir y otros maestros “agentes de cambio” en las películas, son hombres. Sin embargo, Bashir es diferente en cuanto a que es un inmigrante argelino y refugiado político.

Bashir, por cualesquiera que sean sus motivos, elige comprometerse auténtica y paternalmente con sus alumnos. En la clase de Bashir, el mundo exterior no se ignora, y es tal el aprendizaje que va más allá del plan de estudios, los estudiantes son animados a participar con los demás y a dar sentido a sus vidas y al aprendizaje. ¿La burocracia educativa previene, obstruye o penaliza la enseñanza y el aprendizaje auténticos? No en el aula de Monsieur Lazhar, donde los estudiantes y el maestro han aprendido mucho, pero ciertamente las “reglas” son el motivo de su expulsión. Romper las reglas, también le ha costado su puesto a *Madame Vaillancourt*.

¿Qué sucede cuando las escuelas y la realidad de las políticas escolares (que van cada vez más de arriba hacia abajo y pierden completamente el contacto con el ahora) asumen que los niños y los maestros deben

preocuparse únicamente por metas futuras, a menudo abstractas, como las calificaciones de las pruebas, las boletas de calificaciones, la viabilidad y la seguridad económicas nacionales? ¿Es la corrección política abstracta una institucionalización típica de los valores progresistas por parte de una sociedad demasiado litigiosa que tiene poca confianza en sus instituciones? Estos problemas educativos sistémicos son temas de la película; sin embargo, Bashir no quiere cambiar el sistema. Es un educador que quiere brindar vida, aprendizaje y seguridad emocional a sus estudiantes. Está decidido a hacer lo que cree mejor para lograr estos objetivos. Con ese fin, impulsa las normas de la escuela (toca a sus alumnos con afecto y reprimenda, hablando abierta y honestamente sobre el dolor y la pérdida). De hecho, Bashir actúa “en lugar de los padres” –quizá estos jóvenes canadienses están recibiendo la atención y el cuidado que él le habría dado a su hija. Como tantos buenos y grandes maestros, su enfoque y pasión se centra en Alice, Simón y Víctor. Bashir deja a los demás el panorama general de las políticas educativas de las escuelas canadienses, los obstáculos burocráticos y la estéril compartimentación de la vida escolar en nuestra sociedad cada vez más litigiosa y políticamente correcta. La reforma y la política educativas más amplias se dejan en manos de aquellos, cuyas energías no son consumidas por la enorme responsabilidad de la vida de los jóvenes en la vida diaria del aula.

Maestro como mártir

Bashir Lazhar no es un mártir. Es un esposo y padre afligido que necesita relaciones auténticas con sus estudiantes y colegas para apoyarlo, mientras lidia con la realidad de ser un refugiado que quiere permanecer en Canadá y encontrar esperanzas para un futuro. Al igual que sus alumnos, está asumiendo una tragedia sin sentido. Este retrato de un maestro es atípico. En la mayor parte de las películas de profesores, las familias y la vida más allá del aula, son o tangenciales o placeres a ser sacrificados.

En el cine, los maestros están dedicados a su enseñanza a expensas de sus propias familias. Enseñar se convierte en su vida, en algunos casos terminan divorciándose. Todos estos maestros ficticios encuentran grandes recompensas y realización personal en el éxito de sus estudiantes. Sin embargo, en el cine y la ficción, rara vez vemos profesores que se enfrenten a tensiones que se extienden más allá del aula. Monsieur Lazhar comienza con el suicidio de una maestra popular, Martine, a quien amaban sus alumnos. Su suicidio persigue a sus estudiantes y deja atrás a un marido que ni siquiera recoge (quizás no puede) sus cosas. La vida y la muerte de Martine encarnan las realidades de todas las vidas, ya sean de estudiantes o de profesores. Esa realidad es sumamente compleja y no puede ser subsumida por las

etiquetas de “maestro” o incluso de “estudiante”. Esa realidad no puede ser sumergida o ignorada mientras las escuelas y sus habitantes trabajan hacia un futuro abstracto de sabiduría, aprendizaje, madurez y responsabilidad.

El don de Bashir Lazhar es reconocer las vidas y necesidades actuales de los estudiantes; para crear un salón de clases seguro y honesto; y darles el espacio y la oportunidad de visualizar un futuro. Sin embargo, Bashir no quiere entregarse por el futuro de sus estudiantes. Más bien, elige participar en discusiones auténticas sobre temas difíciles. Tiene poca paciencia con el asesoramiento genérico, como sustituto de la seria discusión sobre el dolor, el remordimiento, la culpa y la pérdida, que enfrentan él y los jóvenes a su cargo. Alice, su precoz alumna, lo iguala en este deseo de autenticidad. Ella persigue la verdad y el entendimiento. Encarna una feroz urgencia del ahora, mientras lidia con cuestiones de vida o muerte, incluso, cuando su madre está ausente. Bashir Lazhar no es un mártir. Es un mentor: imperfecto, herido y humano. Su disposición a compartir su humanidad es quizás un regalo más grande para sus estudiantes que el sacrificio devorador que vemos a menudo en las pantallas de cine.

Maestro como alumno

Bashir, como la mayoría de los profesores de cine, es un aprendiz. A menudo, las representaciones cinematográficas de éstos hacen hincapié en su conocimiento sobre los estudiantes que son diferentes a ellos mismos, es decir, aprender a “controlar” y luego cómo relacionarse con los alumnos y/o aprender a “luchar contra el sistema”. Bashir está aprendiendo sobre Canadá, sobre la enseñanza y sobre sus estudiantes como personas. Sin embargo, es un alumno exigente. Él es experto en tomar lo que se ajusta. Mientras enseña como le enseñaron, con lecciones didácticas dirigidas por el maestro y los estudiantes en filas rectas, eventualmente busca otras opciones. Desarrollar los sellos de su esposa (una concesión a un enfoque más moderno para proporcionar retroalimentación) u observando a otros profesores en busca de técnicas que funcionen. Bashir es mucho más típico de lo que el profesorado de formación docente quisiera creer. Sin embargo, también trae un fuerte deseo de encontrar a sus estudiantes en donde están ahora, y eso lo lleva a rechazar la pseudoterapia y el multiculturalismo abstracto, como lo practica el consejero de duelo de la escuela. No desafía esta práctica ni otras que no satisfacen su comprensión instintiva de las necesidades de los estudiantes. Bashir los defiende elocuentemente, y la señora Vaillancourt, generalmente, simpatiza con sus argumentos, incluso, aunque ella no es capaz de actuar sobre sus peticiones. Bashir simplemente cierra su puerta y ejerce su subversión, silenciosamente, dentro de su salón de clases.

El estudiante está luchando con preguntas éticas y metafísicas acerca de la vida, la muerte y las relaciones, como la precoz Alice, culpándose con oculta rabia; como Simón o como Víctor, aparentemente, aburrido y desinteresado. Bashir acepta los valores de cada individuo, porque quiere que sus alumnos prosperen como aprendices, pero también como personas. Este enfoque, omnipresente en el pasado, y todavía común en representaciones ficticias de maestros en aulas pobres y de minorías, es herético para algunas familias de clase media en esta escuela canadiense. Los padres de Simón, actuando sobre las acusaciones de su hijo, presentan una queja formal cuando Martine abraza a Simón. Cuando Bashir intenta dialogar con los padres de una estudiante brillante, pero particularmente engreída y mandona, sus padres le dejan clara la reprimenda a Bashir: “*Esperamos que seas su maestro, no su padre*”. Por otro lado, la madre de Alice, *Madame L'Ecuyer*, está agradecida con Bashir por la guía “paterna” y la preocupación que le muestra a su hija.

No son sólo los padres los que intervienen; los estudiantes también establecen límites a la profundidad y amplitud de sus relaciones con los maestros. Simón resiente a Martine porque trata de consolarlo, y es ese resentimiento el que lo lleva a informar que ella se ha portado de manera inapropiada con él. Se desconoce qué papel, si es que tuvo alguno, jugó este incidente en el suicidio de Martine. Simón, como muchos niños, personaliza el acto y pone en primer plano este incidente, mientras trata de comprender lo que ha sucedido. Se culpa a sí mismo por el suicidio de Martine y, sin embargo, no puede verbalizar sus pensamientos hasta que Alice lo desafía. De hecho, las similitudes entre Bashir y Simón son sorprendentes: Ambos tratan con la muerte, con la culpa y con seguir adelante; portan fotografías, reales e interiorizadas, de sus seres queridos; e interactúan con Alice, cuya asombrosa determinación de confrontar las realidades resulta ser un catalizador en sus vidas.

Reconociendo “la feroz urgencia del ahora” en la era de la rendición de cuentas

El regalo que trae Bashir Lazhar es su reconocimiento de que sus estudiantes están tratando de dar sentido a las realidades inmediatas dentro de sus propios contextos individuales. Los honra como individuos y mira más que categorías culturales y etiquetas de género, ya que busca entenderlos como seres únicos, cada día. Va más allá del enfoque en el rendimiento y el aprendizaje y encarna la noción de que la educación trata de desarrollar todos los aspectos de los estudiantes. De hecho, las escuelas (y muchos padres) están cada vez más enfocados en la niñez y en la escolarización como preparación para la vida; Bashir Lazhar reconoce que cada estudiante está lidiando con la vida

todos los días. La enseñanza y el aprendizaje eficaces se basan en el pasado y privilegian el presente, incluso, cuando se preparan para el futuro. El joven estudiante que se sienta detrás de cada escritorio es más que un aprendiz académico. Él, o ella, está “haciendo” la vida de innumerables dimensiones en la casa y en la escuela, además del currículo formal. Si bien, los educadores estadounidenses han expresado tradicionalmente esta idea de labios para afuera, sólo una minoría de maestros, más allá de los grados primarios, parece realmente abrazar esta noción.

Cada vez más, los educadores y los políticos, reducen a los estudiantes a las puntuaciones, categorías de rendimiento e intervenciones académicas. La responsabilidad, en la mayoría de las escuelas de América del Norte, se restringe al rendimiento académico. Las evaluaciones de alto riesgo de estudiantes, maestros y escuelas, contribuyen a esta reducción de estudiantes a números y categorías cuantificables. ¿En dónde está el tiempo y el espacio para conocer a los niños como individuos únicos? Los maestros han sido frecuentemente advertidos acerca de pasar de un tema a otro con facilidad, sacrificando lo que solía ser conocido como “el momento de enseñanza”. Los horarios de clase cada vez más reducidos, los crecientes contenidos a estudiar, los mapas del plan de estudios y las pruebas de referencia han dejado poco espacio para responder a las vidas, preocupaciones y pasiones de los alumnos. Es innegable que parte del arte de enseñar es establecer conexiones con la vida de éstos dentro del plan de estudios formal.

En esta era de estandarización, en el contexto de un conjunto cada vez más reducido de objetivos para la educación, el aula de Bashir parece un retrato nostálgico de lo que solía ser. Aunque, hay que reiterar que las reformas educativas actuales afectan de manera desproporcionada a las escuelas que sirven en sitios urbanos, a minorías, y a estudiantes en situación de pobreza. En estas comunidades, en donde es más probable que los estudiantes se enfrenten a cuestiones de violencia y muerte, la tiranía de las pruebas, la clasificación y el triage limitan la capacidad de los profesores para responder a las necesidades del momento, a menos que se defina como el próximo examen de referencia o la boleta de calificaciones de la escuela.

Con evaluaciones de responsabilidad y de alto riesgo, basadas en puntajes de exámenes específicos de disciplina, menos maestros y estudiantes pasan sus días en grupo. Éstos se clasifican según la disciplina y la capacidad. El aprendizaje disciplinario, siempre dominante en la gran mayoría de las aulas de secundaria, es cada vez más privilegiado en los grados elementales. Los alumnos pasan en el aula, tan sólo 50 minutos. En esta era de responsabilidad, los estudiantes de cuarto grado, con frecuencia, ven a múltiples maestros disciplinarios

durante el día escolar. Ellos son responsables de una gama más reducida de aprendizaje, incluso cuando asesoran más estudiantes de manera individual. Tales estructuras pueden aumentar los puntajes de las pruebas, pero a costa de difuminar a la comunidad en el aula que va más allá de lo académico.

La especialización disciplinar de los profesores también hace más difícil de implementar el aprendizaje basado en proyectos y el aprendizaje interdisciplinario. Con frecuencia, los teóricos de la educación han denunciado la falta de conexiones interdisciplinarias y la integración del aprendizaje. Remedios como la planeación de equipo y la instrucción temática, se han utilizado para cerrar la disciplina enfocada en las prácticas dentro del aula. Estos métodos pueden aumentar la coherencia del plan de estudios y brindar un apoyo más amplio en el aprendizaje del estudiante y las conexiones interdisciplinarias. La planificación cooperativa aumenta las posibilidades de que los maestros también colaboren en las necesidades e intereses de los estudiantes. Sin embargo, la capacidad de verdaderamente conocerlos en un currículo compartimentado (en donde los maestros ven de 90 a 120 jóvenes al día, durante relativamente cortos períodos) hace poco para promover el tipo de relaciones profundas que Bashir establece en su salón de clases. En las clases más tradicionales, las relaciones se convierten en “daños colaterales”, en la búsqueda de una enseñanza y un aprendizaje especializados y basados en la disciplina. Agrupar a los alumnos de forma homogénea o heterogénea, tiene la consecuencia adicional de eliminar la clase como un grupo que pasa todo el día junto a un profesor. Estos cambios estructurales han limitado la capacidad de ambos para conocerse bien entre sí.

Estas prácticas instrumentales de rendición de cuentas, a menudo, resultan en relaciones superficiales y limitadas entre los estudiantes, y entre estudiantes y profesores. Los jóvenes se reducen a puntajes de exámenes, a medida que éstos se convierten en el principal determinante en la evaluación de los maestros. Además del aislamiento y la fragmentación de la experiencia escolar, la obsesión nacional por las pruebas y la rendición de cuentas, basada en exámenes, ha reducido los espacios de los profesores para interactuar con sus estudiantes.

Las “aulas” que vemos en las películas, en las que estudiantes y maestros llegan a conocerse como individuos con historias y desafíos dentro y fuera de la escuela, lamentablemente ya no son la norma en la educación. Los maestros pasan su tiempo centrándose en puntuaciones de referencia, en el rendimiento, en los estándares de aprendizaje y en otras abstracciones, sin cuerpos unidos a los nombres de los estudiantes y asignados números de identificación. Las escuelas, los distritos y los estados se juzgan según los puntajes, las desviaciones estándar

y el valor agregado. Ciertamente, se preocupan por el aprendizaje de los alumnos, sin embargo, centrarse en abstracciones y categorías, en lugar de los individuos como personas únicas, que son más que la suma de sus puntuaciones, es alienante para todos los que habitan en el sector educativo. El reduccionismo involucrado en nuestros sistemas de rendición de cuentas, ha tenido algunas consecuencias muy negativas: Profesores y estudiantes son menos creativos; el aprendizaje basado en proyectos es menos común; el pensamiento y la creatividad de orden superior están disminuyendo; las trampas están aumentando y los estudiantes se desvinculan cada vez más de la educación a medida que avanzan en el sistema.

Bashir Lazhar cuenta con la clara ventaja de tener una clase y parece no estar afectado por la manía de los exámenes estandarizados. Es significativo que Bashir esté frente a su clase la mayor parte del día, en lugar de enseñar múltiples secciones a diferentes grupos. Irónicamente, los psicólogos y educadores sugieren que dicha relación, a largo plazo, entre un maestro y sus estudiantes puede pagar dividendos. En algunos sistemas, los maestros han tenido éxito con el ciclo (mantener a los mismos estudiantes durante dos o más años), especialmente en los grados de primaria.

Aprender, vivir y encontrar alegría en las escuelas

Bashir Lazhar está reconstruyendo una vida en pasos tentativos y pequeños comienzos. Está atravesando un proceso inimaginable de duelo por su esposa e hija, ambas muertas en un incendio provocado, que probablemente sea el resultado del activismo de su esposa. Él había llegado a Canadá para preparar el camino para su familia, ahora él es un inmigrante cuyo futuro es incierto, incluso, mientras lidia con la pérdida de su familia. Solicita un puesto como empleado de emergencia para reemplazar a Martine, a pesar de que nunca ha sido maestro y carece de las credenciales. La institución, como Bashir, está lidiando con una pérdida inesperada. La curación que tanto Bashir como la escuela necesitan es el vínculo que une al forastero y a este grupo de estudiantes y profesores.

Bashir está tratando de negociar con la burocracia de inmigración canadiense y sus reglas; está armado con la verdad, pero con pocas pruebas que respalden sus solicitudes de asilo político. Cuando lo desafían los funcionarios canadienses de inmigración, cuenta su historia, pero se encuentra con escepticismo. Se va con perspectivas inciertas de una decisión positiva sobre su solicitud de asilo político y residencia en Canadá. La escuela también está inmersa en el dolor, luchando por sanar y recuperar la normalidad, pero dentro de las típicas limitaciones burocráticas educativas. Bashir pide a la directora, la señora Vaillancourt, mover a los

estudiantes a otra aula, después de que él ve a Simón con la mirada perdida en el salón en donde se colgó Martine. La directora, simpática pero resignada, le dice que no hay aulas vacías y, por ende, no hay opciones. Con frecuencia, ésta es la respuesta de Vaillancourt: es comprensiva, pero no puede responder debido a las reglas institucionales y/o la falta de recursos. Bashir y sus estudiantes son como la crisálida, aún no están libres ni listos para avanzar y, mucho menos, volar. Irónicamente, es en la institución impersonal de una escuela políticamente correcta, mal equipada para responder de manera oportuna y humana, que se encuentran y crean un espacio seguro y de apoyo. En ese espacio, a través de sus relaciones entre ellos, encuentran la nutrición y la curación.

Poco a poco dentro del capullo del aula, Bashir y sus alumnos se conectan y se vuelven más fuertes. Bashir acepta, tentativamente, una invitación a cenar de una atractiva compañera maestra. Si bien la cena es incómoda, es un comienzo. Bashir vuelve a conectar con su pasado, trayendo un plato argelino al baile de la escuela. Reveladoramente, baila solo en su salón de clases, mientras se escuchan los acordes de la música y los ritmos potentes y arraigados de su Argelia natal. Así, también, sus alumnos comienzan a disfrutar unos de otros en la seguridad del aula. Bashir, Alice y Simón emergen de este momento difícil más fuertes, más confiados y sonrientes. Son cambiados para siempre por la muerte y el dolor prematuros, pero no derrotados.

Esta visión romántica del aula, como un lugar de seguridad, la exploración y la relación, se está convirtiendo rápidamente en la nostalgia que sólo existe en las películas. La vida en las escuelas es rutinaria, regulada y reducida a puntuaciones abstractas de exámenes y boletas de calificaciones, en nombre de la responsabilidad. Hay poco tiempo para otra cosa que no sea el plan de estudios prescrito y los límites obligatorios que limitan las relaciones auténticas de maestros y estudiantes. Hay poca consideración por las realidades vividas por maestros, estudiantes y administradores que habitan las escuelas. Incluso, en *Profesor Lazhar*, la burocracia que envuelve a la escuela de Montreal se afirma a sí misma, mantenida a raya durante un tiempo por una directora que decide romper las reglas. Bashir es despedido, y la directora también pierde su posición, como consecuencia de la contratación y mantenimiento de Bashir, cuando ella sabía que no tenía las credenciales necesarias. Madame Vaillancourt es humana, pero impotente frente a reglas y regulaciones arraigadas. En muchos sentidos, los administradores, el personal y los estudiantes son como Bashir: anhelan el asilo y la humanidad, y luchan mientras están rodeados por la inflexibilidad institucional de los organismos modernos.

La enseñanza es heroica

¿Y si pensáramos en las escuelas como si fueran familias? De esta forma trabajaríamos para desarrollar culturas escolares que sean colaborativas y de apoyo. Nos aseguraríamos de que aquellos con mayores necesidades obtengan los recursos que necesitan. Dejaríamos de pensar en ganadores y perdedores para enfocarnos en el desarrollo completo del potencial de cada ser humano.

Es un cambio de paradigma, que nos obliga a pensar en cada alumno como un ser humano precioso, único en su clase. Debemos pensar en los maestros como profesionales que tienen estar bien preparados, apoyados y con autonomía para decidir qué funciona mejor en sus aulas. Pero el paradigma actual y la categorización, la valuación y la calificación terminan desmoralizando a los niños, a los maestros... y a las escuelas.

Bashir Lazhar es un héroe insólito: un maestro que se centra en sus alumnos y no aspira a ser un agente de cambio más allá del aula. No es un caballero de las cruzadas; no es un activista. Es un hombre y un maestro que, a veces subversivamente, alcanza a sus alumnos y establece una zona segura para que aprendan y vivan. Él da su vida a la enseñanza, la enseñanza es la terapia de Bashir; las relaciones escolares son su salvavidas. Para la mayoría de los que son profesores, esto no es sorprendente. De hecho, la alegría de enseñar siempre se ha centrado en las relaciones intensas, el aprendizaje y la vida mutuos, las vidas compartidas que cambian para siempre a todos los participantes en el aula.

Monsieur Lazhar es una crítica mucho más sutil de la educación secundaria, que la mayoría de las representaciones cinematográficas de la vida en las escuelas. No ofrece una “solución milagrosa” para los muchos problemas que enfrentan las escuelas. Lo que logra *Monsieur Lazhar* es reafirmar la centralidad de las relaciones auténticas y las personas, que son mucho más complejas que los puntajes de referencia y las boletas de calificaciones. *Monsieur Lazhar* ilustra y define poderosamente la enseñanza. La enseñanza no es una amalgama de currículo y técnica; es un evento social negociado que tiene lugar en un contexto específico. Lo más importante es enseñar, se trata tanto de dar, como de recibir, no requiere martirio. De hecho, quizá se realice más perfectamente en las aulas en donde el aprendizaje y las recompensas son tan poderosos para el maestro como para el alumno.

Perspectivas filosóficas y observaciones finales

Antes de terminar, hay que reconocer que cada maestro aporta a su pedagogía su propia base de ser, sus pensamientos sobre el ser humano, el sentido de ética, sus nociones sobre la enseñanza y el aprendizaje. Todo esto exige la necesidad de examinar las formas de conoci-

miento y la comprensión de Bashir Lazhar para resumir la base filosófica que lo convierte en el hombre que es y el maestro en el que se ha transformado.

Claramente, Bashir se presenta como un hombre íntegro, uno que busca ayudar a sus estudiantes mientras él y ellos evolucionan mutuamente. Los ve como personas concretas que, por así decirlo, han sido arrojadas a una situación agonizante. Quiere ayudarlos a enfrentar las contingencias de su miedo, ansiedad, angustia y pavor. Bashir muestra un compromiso inquebrantable de trabajar con seres humanos particulares para llegar a la plena medida de su formación con humanidad.

Bashir y sus estudiantes viven aquí y ahora; deben enfrentarse a la adversidad existencial. Su propia tragedia lo vuelve más sensible a la de sus alumnos; y su trasfondo argelino específico informa su enseñanza, mucho más de lo que cualquier currículo abstracto de multiculturalismo. Bashir comienza cada relación sentándose a hablar abiertamente con los estudiantes. Pues al final del día todo lo que podemos hacer es conversar con los demás de la manera más apasionada y elocuente que podamos; todo lo que podemos hacer es mirarnos a los ojos e instarnos unos a otros a nuevos comienzos.

Si bien, es intensamente auténtico, también busca comunidad en el aula. Su centro, finalmente, se ancla en relaciones, mientras él se aflige con, y se deleita en, sus estudiantes. En última instancia, Bashir se ve impulsado por la conexión humana, el parentesco y la confianza, todo lo que reemplaza una existencia a menudo absurda.

En términos contemporáneos, Bashir puede verse como un ejemplo de persona solidaria y un maestro. Frente a las severas limitaciones institucionales, muestra un apego apasionado a los que quedan a su cuidado. Para Bashir, el cuidado recíproco implica dar y recibir. Es excepcionalmente atento con sus alumnos; y, al mismo tiempo, aprende tanto de ellos como les enseña. Para ser un buen maestro, Bashir entiende intuitivamente que *la clave es mostrarnos a nosotros mismos como aprendices junto con el alumno*. Bashir no tiene miedo de mostrar sus sentimientos. A través de la conciencia emocional en la enseñanza, asegura a los estudiantes su presencia y devoción.

Mientras que algunos de los padres de sus alumnos quieren mantenerlo en una caja esterilizada, Bashir se alegra de ayudar a su clase a superar tiempos difíciles. Se enfrenta a la vida en la escuela y está dispuesto a ir a donde otros maestros temen pisar. Para él, la existencia humana rara vez está exenta de tragedia; pero teje esperanza y posibilidad en sus complejas texturas. A medida que avanza la película, confiamos en que, pase lo que pase, Bashir seguirá aferrándose a los patrones de carácter que lo han convertido en el hombre que ahora es.

En el laberinto abstracto, con demasiada frecuencia, escéptico de restringir las políticas y prácticas educativas que aíslan y separan a los individuos, la danza de los sentimientos y la relación los ha liberado, al fin, a él y a sus estudiantes.

Referencia:

García, P. (2021). *Enseñanza, aprendizaje y escolaridad. Reflexiones acerca de la película Monsieur Lazhar* [no publicado]. Universidad Veracruzana. Derivado de: Películas Educativas. (2019, 2 noviembre). *Profesor Lazhar 2011* [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=KMX_ejKDqKk&feature=youtu.be